

El crepúsculo de la socialdemocracia

Tony Judt: *Algo va mal*. Traducción de Belén Urrutia. Taurus. Madrid. 2010. 222 págs.

“Hay algo profundamente erróneo en la manera en que vivimos hoy”. Éste es el prometedor arranque de *Ill fares the land* de Tony Judt (“El món no se’n surt”, como se expresa atinadamente en el título de la versión catalana), un libro excepcional por tres razones: por haber sido dictado en la fase final de la esclerosis lateral amiotrófica que llevaría a su autor a la muerte el pasado agosto, lo cual convierte este libro, de algún modo, en su testamento político; por la idoneidad del momento de su redacción, cuya coincidencia con la explosión de la crisis financiera mundial permite considerarlo como un manifiesto político de los malestares del presente; por ser el libro de un historiador que ha logrado encarnar en el siglo XXI el concepto de historia total de las escuelas francesas del primer tercio del siglo XX: su habilidad formal para trenzar nuevas conexiones entre la política, la economía y la cultura no sólo tiene la virtud de ofrecer una visión poliédrica de cómo se ha llegado a la situación actual; su mérito principal consiste en plantear el tipo de interrogantes que debe abordar una ciudadanía dispuesta a reflexionar sobre el modo de vida que lleva.

Lo primero que conviene resaltar es que *Algo va mal* no trata efectivamente de la diferencia entre el liberalismo económico y la socialdemocracia. Parte ya de esa diferencia y se sitúa en la perspectiva de un defensor del *Welfare State* que trata de definir un proyecto frente al capitalismo neoliberal de cuño angloamericano. Esta es la perspectiva desde la que se habla y no se cuestiona. Los fundamentos de la diferencia remiten a valores morales acerca de la preeminencia de la igualdad, de la solidaridad, de la justicia social que no aparecen aquí argumentados. De alguna manera se dan por supuestos, como algo previo, como algo que tuvo sentido en el momento de optar por la socialdemocracia pero que no es el momento de volver a considerar; los valores ya se poseen: de lo que se trata es de examinar su viabilidad en un mundo que “ha convertido en virtud la búsqueda del beneficio material” (17). Si esta búsqueda es lo único que queda como sentido de la voluntad colectiva, ¿tenemos razones para pensar que el tiempo del Estado de bienestar ha pasado? Éste es el verdadero envite de la socialdemocracia: la razón por la que debe replantearse este interrogante político es la naturalidad con la que hemos acogido la impotencia del Estado frente al poder emergente de los mercados financieros. Una naturalidad que surge del mundo construido en los años 80, fundado en “la obsesión por la creación de riqueza, el culto a la privatización y el sector privado, las crecientes diferencias entre ricos y pobres. Y, sobre todo, la retórica que los acompaña: una admiración acrítica por los mercados no regulados, el desprecio por el sector público, la ilusión del crecimiento infinito” (18).

No es sorprendente que Judt cite a Adam Smith y la importancia de los “sentimientos morales” en los debates económicos. En los escritos de los

grandes economistas clásicos el mercado y la responsabilidad social no se oponían, sino que debían reunirse en aras del beneficio mutuo. El dogma neoliberal, por el contrario, difícilmente puede considerarse como una digna versión posmoderna de la vieja mano invisible de Adam Smith: en los últimos treinta años, el aumento global de la riqueza apenas ha encubierto las disparidades distributivas que han destruido la confianza mutua necesaria para dar sentido a la vida en sociedad: *“La confianza no es una virtud abstracta. Una de las razones por las que el capitalismo hoy es atacado por tantos críticos, y no todos de izquierda, es que los mercados y la competencia libre también requieren confianza y cooperación”* (48) El diagnóstico de Judt es claro: estamos ante una economía de mercado que impone reducir el peso del Estado social y acabar con las garantías laborales, con los derechos de los trabajadores y con las prestaciones demasiado elevadas. La economía se ha globalizado sin que lo haya hecho la política: ¿Puede la socialdemocracia resistir este envite desde los márgenes estrechos del Estado-nación? Lejos de reconstruir la confianza, la política se ha ido desdibujando en la resignada aceptación de los límites de lo posible fijados por un pensamiento que ha hecho de la admiración acrítica de la riqueza el único sentido de la vida.

Para Judt, es especialmente doloroso comprobar cómo en los últimos años nos hemos acostumbrado a la afirmación de que el precio pagado por los beneficios del Estado intervencionista era demasiado alto. No deja de ser paradójico que la futura reducción del Estado del bienestar sea consecuencia de una crisis financiera originada por los desvaríos privados de quienes responsabilizan del fracaso a un excesivo intervencionismo estatal y exigen una instrumentación aun más drástica de la doctrina de mercado. Esta paradoja va unida al desengaño producido por la tercera vía y la apuesta por el centro radical que debía abandonar las antiguas divisiones ideológicas y tomar en cuenta las necesidades y demandas concretas de la gente. Si lo que ha quedado de la socialdemocracia liberal es el oportunismo pragmático sin principios, cabría pensar que la izquierda tuviera que elegir la actitud “con principios” de fidelidad a su viejo programa. Sin embargo, la posición de condenar la izquierda por su acomodamiento es también falsa, dado que habría que plantearse la obvia y difícil pregunta: “¿cuál era, efectivamente, la alternativa?” La tarea descrita por Judt es francamente ardua: repensar por completo el proyecto izquierdista, más allá de la alternativa del acomodamiento al funcionamiento de los mercados financieros y la persistencia de la vieja actitud socialista. De ahí que Judt desarrolle su propuesta esquivando dos tentaciones fundamentales: no sólo la del discurso melancólico del pasado, sino también la utópica de los discursos alterglobalizadores.

Es evidente que en los treinta años siguientes a 1945 los ciudadanos europeos y norteamericanos vivieron en las mejores condiciones sociales posibles: *“Los gobiernos socialdemócratas del bienestar mantuvieron no sólo el pleno empleo durante casi tres décadas, sino también unas tasas de crecimiento más que competitivas con las de las economías de mercado no reguladas del pasado. Y, apoyándose en los éxitos económicos, introdujeron cambios sociales radicalmente disyuntivos que al cabo de unos pocos*

años llegaron a parecer completamente normales” (83). Pero tampoco es casualidad – argumenta Judt– que la democracia y el Estado del Bienestar funcionasen mejor en países pequeños y homogéneos culturalmente. Las revueltas de finales de los sesenta lograron romper estos parámetros culturales, pero acarrearón la radicalización de un individualismo que dio paso a la ideología de la nueva izquierda y a la revolución conservadora de los ochenta. Gran parte del bloqueo que vivimos hoy es atribuido por Judt al legado irónico de los sesenta: o se intervenía en los nuevos movimientos sociales, desde el feminismo al antirracismo, pasando por los derechos de los gays, o se jugaba al juego de la derecha renaciente, emprendiendo la larga tarea de desprestigiar al Estado. El rasgo clave de esta totalidad es que se ha mostrado estructuralmente inconsistente. Tras los cambios en la economía global de las últimas décadas, la derecha política ha cambiado audazmente las reglas de lo considerado aceptable/admisible en la esfera del discurso público, desde el modo en que el reaganismo y el thatcherismo legitimaron el debate sobre el recorte de los derechos y los beneficios sociales de los trabajadores, hasta la gradual legitimación del debate abierto sobre las virtudes de la privatización por parte de Bush y Blair. La radicalización política de la nueva izquierda se ha revelado, por otro lado, claramente incompatible con el *ethos* consensual característico de la socialdemocracia clásica: además de irreal e insuficientemente revolucionaria, se ha negado frontalmente a repensar el Estado y reestructurar el debate público.

Puesto que el horizonte de la imaginación social ya no permite mantener la idea de una eventual desaparición del capitalismo –puesto que tras la caída del Muro de Berlín se acepta tácitamente que *el capitalismo está aquí para quedarse*– la solución izquierdista planteada por Judt consiste en replantear la desigualdad como el principal problema heredado de dos décadas de funcionamiento global de la economía. Para ello es necesario que la socialdemocracia esté dispuesta a reconstruir su propio discurso: *“La socialdemocracia no puede limitarse a preservar instituciones valiosas como defensa contra opciones peores. Tampoco tiene por qué hacerlo. Como mejor se puede expresar gran parte de lo que anda mal en el mundo es mediante el lenguaje del pensamiento político clásico: estamos intuitivamente familiarizados con los problemas de la injusticia, la falta de equidad, la desigualdad y la inmoralidad –sólo hemos olvidado cómo hablar sobre ellos.”* (217) En un mundo donde las palabras cambian continuamente de significado efectivamente habría que decir que si por injusticia se entiende la privatización, la desregulación y la precarización, entonces la socialdemocracia, en la medida en que trata de evitar el peligro de dismantelar el Estado, reducir los derechos laborales y acabar con las prestaciones sociales, constituye la única apuesta moralmente justa. Ello exige por parte de los defensores del Estado del bienestar encontrar un nuevo relato moral que deje atrás la “egoísta amoralidad” de Thatcher y Reagan así como la “autoafectación atlántica” de Clinton y Blair. Creo que P. Glozt no lo pudo expresar mejor en los años ochenta, mucho antes de que Judt certificara la necesidad de repensar la

socialdemocracia: “no es posible la solidaridad en una sociedad de los dos tercios sin apelar a sentimientos de benevolencia”.

Sin embargo, ¿cómo saber que los sentimientos conducen a donde apuntan las razones? Esta lucha por reformular una nueva retórica para los tiempos globales, ¿es la respuesta coherente de un análisis racional del mundo contemporáneo, o la expresión atávica de un pánico moral que no cuestiona en absoluto los fundamentos mismos del pacto socialdemócrata con la realidad brutal del capitalismo contemporáneo? Hay tres aspectos del libro de Judt que, cuanto menos, merecen ser analizados:

1) Judt reconoce con una ingenuidad admirable que la socialdemocracia contemporánea no es una ideología, sino, más bien, una adaptación, como si el problema principal de la izquierda fuera su incapacidad para proponer una visión de cambio global. ¿Es así de simple? ¿Es la solución para la izquierda abandonar el discurso completamente amoral de la prosperidad y el progreso personal ilimitado y proponer una visión más comprometida dirigida al imaginario político, una visión donde el interés por la justicia social o la acción colectiva puedan competir con los proyectos neoconservadores y también con las visiones izquierdistas del pasado? ¿Y si nos planteáramos la pregunta elemental que Judt rehuye conscientemente desde el primer momento: ¿cuál es, concretamente, esa nueva visión izquierdista, en cuanto a su contenido? Ligar la política a exigencias programáticas da un sentido y una finalidad al trabajo político, pero asumir hoy las responsabilidades de un gobierno significa aceptar que no se puede gobernar contra la economía. La sospecha, entonces, es que, cuando Judt habla de cambiar nuestro mundo, usa la retórica del cambio que carece de contenido específico: ¿cambiar qué? No se trata de acusar al libro de falsa candidez. Estamos aquí ante una limitación de nuestra propia realidad social. Dada la compleja situación de los mercados financieros en el mundo actual, ¿qué puede hacer la socialdemocracia más allá de introducir mecanismos correctivos deseables? ¿Cuánto puede avanzar en lo relativo a imponer cambios sin desencadenar una reacción adversa de los mercados financieros?

2) Judt infravalora el grado enorme de deterioro que sufrieron las socialdemocracias más avanzadas durante el último tercio del XX. Según Álvaro Delgado-Gal, basta con fijarse en el caso sueco: “la carga tributaria sueca subió, entre 1960 y 1990, del 28 (un porcentaje muy modesto) al 56 por ciento del PIB, mientras que la renta per cápita, la más alta de Europa en 1975, se ponía por debajo de la francesa, la alemana, la británica, o la belga”¹. En sentido inverso, tampoco es obvio que los daños infligidos al sistema de cobertura social resulten tan severos como los describe Judt, al menos, si nos atenemos al porcentaje sobre el PIB de gasto público, que parece haberse mantenido o decrecido levemente. Más ilustrativa resulta la postura de Judt respecto de la edad sorprendentemente temprana a la que se jubilan actualmente los ferroviarios franceses. Judt reconoce que los maquinistas de la posguerra nada tienen que ver con los conductores del TGV y que debe reunirse el coraje suficiente para explicar que

¹ <http://www.abc.es/20101015/tercera/tiempos-desesperados-20101015.html>

la economía pública ya no puede sostener el principio de unos paquetes de jubilación tan generosos. Lo más significativo de este toque realista por parte de Judt es precisamente su insignificancia. ¿Está dispuesta la ciudadanía a soportar los futuros recortes que habrá de padecer el sistema de pensiones tal como ahora lo conocemos? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a renunciar al nivel de prestaciones al que nos hemos acomodado? El problema no consiste únicamente en que los costosos Estados del bienestar no podrán cumplir en el futuro algunas de sus prestaciones sociales básicas, sino además en que aquellos que las reclaman no parecen haber medido el alcance real de los sacrificios que deben acometerse. Resulta absurdo, por supuesto, contraer la responsabilidad de la erosión del Estado del Bienestar a los políticos de izquierda. Se trata de un proceso al que no ha sido ajena la hegemonía ideológica conservadora. Pero tampoco puede ignorarse que la socialdemocracia de centro-izquierda (o incluso, directamente, tanto la tercera vía como los poscomunistas en los países ex socialistas) ha contribuido notablemente al malestar político que Judt denuncia.

3) El ensombrecimiento de la socialdemocracia es atribuido por Judt a dos procesos distintos aunque concurrentes: el primero nos remite a los economistas austriacos (Von Mises, Shumpeter, Hayek), cuya influencia en la Escuela de Chicago desencadenó una contraofensiva ideológica que insistía en considerar el mercado no regulado como modelo político y económico de referencia; el segundo es cultural y tiene que ver con el legado del 68. Es realmente sintomático que tanto la derecha como la izquierda moderada coincidan en condenar sin ambages la memoria sesentayochista. Mientras gran parte de la izquierda reivindicó los acuerdos sociales de Grenelle (los mismos que enterraron el pronunciamiento estudiantil), Sarkozy dijo en su campaña presidencial de 2007 que su gran tarea era hacer que Francia superase por fin la retórica antijerárquica del 68. En la memoria ideológica de Judt, la idea básica de las manifestaciones de Mayo, el enlace entre las protestas estudiantiles y las huelgas de los trabajadores, permanece completamente olvidada. Es fácil emparentar la izquierda resultante del 68 con la política “posmoderna” de la resistencia, representante en su forma más pura de la protesta estético-política de las nuevas identidades. Judt afirma que, en sus apasionadas reivindicaciones individuales, la tarea de la nueva izquierda se limitó a despertar políticamente a la inmensa población rural de Asia y África, despolitizando, en cambio, a las masas obreras de los barrios industriales: *“Las protestas contra la guerra de Vietnam y los disturbios raciales de los sesenta [...] carecían de cualquier sentido de propósito colectivo y, más bien, se entendían como extensiones de la expresión y la ira individuales”* (91). Aunque el ebrio entusiasmo de la libertad sesentayochista *“hizo surgir un nuevo consenso, decididamente antinatural, en torno a la primacía de los intereses individuales”* (93), muchos elementos indican que las cosas no fueron tan sencillas. Si observamos nuestra situación desde la perspectiva del 68, debemos recordar su verdadero legado: el 68 fue, en esencia, un rechazo al sistema liberal-capitalista, un intento de impugnación total. Aunque uno pueda reírse de la idea del fin de la historia de Fukuyama, la socialdemocracia es, hoy día, *fukuyameísta*: acepta

que el capitalismo liberal-democrático es la fórmula definitiva para la mejor sociedad posible y que lo único que se puede hacer es lograr que sea más justa. La pregunta que omite Judt es: ¿respaldamos esta naturalización del capitalismo, o el capitalismo global actual contiene antagonismos suficientes que revelan su naturaleza intrínsecamente injusta?

En fin, es indudable que el testimonio de Judt es relevante, incluso para los que piensan que la socialdemocracia es ya un modelo decrepito. Hubiera sido preferible, no obstante, un análisis más complejo de cuestiones como la viabilidad del Estado del Bienestar o la respuesta de los gobiernos a la crisis financiera, al igual que acerca de las coordenadas del nuevo orden económico mundial. Al considerarse su testamento político, Judt ha puesto encima de la mesa, ante nuestros ojos, los límites de la política actual y la necesidad de rebelarse ante la hegemonía retórica del pensamiento económico. Desde su posición como historiador ha tenido el suficiente margen de maniobra para expresar libremente la necesidad de otra política. Es cierto que la pregunta sobre si otra política es posible se encuentra enmarcada dentro de la apuesta por una izquierda distinta a la socialdemocracia liberal. Pero eso no necesariamente empaña su aguda reflexión filosófica. Judt sabía que las palabras nunca son sólo palabras, sino que tienen peso, definen los límites de lo que podemos hacer. Cambiar los límites de lo que puede decirse es la forma de cambiar el modo en que pensamos y actuamos. Ésa es la aspiración genuinamente política del libro.

Nemrod Carrasco